

LA VIRGEN AL PIE DE LA CRUZ.

SERMON PREDICADO EN 1851 EN LA IGLESIA DE SAN AGUSTIN (PARIS).

« Jesús, viendo á su Madre y al discípulo amado en pie junto á la cruz, dijo á su Madre : « Hé ahí á tu hijo; » y al discípulo : « Hé ahí á tu madre; » y desde aquel momento el discípulo recibió á Maria como enteramente suya. »

Cum vidisset ergo Jesus Matrem, et discipulum stantem, quam diligebat, dicit matri suae : Mater, ecce filius tuus. Deinde dicit discipulo : Ecce mater tua. Et ex illa hora accepit eam discipulus in sua.

(Evangelio de hoy.)

Uno de los caracteres de Jesucristo, hermanos míos, es que entre todos los hijos de los hombres, es el único cuya vida haya sido escrita antes de su nacimiento. En efecto, los patriarcas con sus acciones, los profetas con sus palabras, la ley entera con sus ritos y sacrificios, no hicieron sino figurar, simbolizar, referir de antemano, en todos sus pormenores, los prodigios, las obras, los misterios del Salvador del mundo. De manera que el Testamento antiguo no es mas que una continua y magnífica profecía del nuevo Testamento. Así, estas dos partes del precioso y sagrado depósito de las revelaciones divinas, escritas dictando el mismo Espíritu Santo, y que tienen Dios por autor, y por fin al mismo Jesucristo, *finis enim legis Christus*; estas dos partes, digo, de la Escritura Santa, se enlazan entre sí por inefables relaciones y misteriosas armonías, se ilustran mutuamente, se explican una por otra, y forman ese maravilloso conjunto, de donde sale el testimonio mas brillante, la prueba mas luminosa de la divinidad de Jesucristo, de la unidad, perpetuidad, verdad de la religion.

Pues esto es lo que se revela por muy singular manera en el misterio que pone hoy la Iglesia á nuestra vista, el misterio de Maria en pie junto á la cruz de su Hijo, que espira en un mar de afrentas y dolores. Este misterio, que se obró en la plenitud de los tiempos, fue figurado, anunciado, predicho desde el origen de los tiempos. Bajo este punto de vista vamos hoy á considerarle, hermanos míos, para comprender bien que el misterio de los dolores de Maria no es solo capaz de enternecernos, sino que el misterio de su grandeza es tambien capaz de ilustrar nuestra fe, de levantar nuestra esperanza, de excitar nuestro amor y de reformar nuestra vida. Esto es lo que vamos á ver. Comencemos implorando el poderoso patrocinio de esta Virgen incomparable, que es la materia de nuestro discurso. *Ave, Maria.*

PRIMERA PARTE.

El Profeta ha dicho que Dios, aun en medio de los arrebatos de su justa ira, jamás olvida los sentimientos de su misericordia; *Cum iratus fueris, misericordiae recordaberis.* (Habacuc, III, 2.)

Con efecto, mirad lo que acontece al principio del mundo : nuestros primeros padres, despues de haber cometido el pecado, avergonzados de sí mismos, temblando y espantados de la voz de Dios, que les perseguia, fueron, dice la Escritura, á ocultarse en el hueco de un árbol; *Abcondit se Adam et uxor ejus in medio ligni.* (Genes., III, 8.) Y no es un instinto ciego, dice Origenes, el que mueve á Adán y Eva á guarecerse en un árbol para resguardarse de los golpes de la justicia divina; es un instinto profético, es para proclamar desde entonces este misterio que comenzaban ya á sentir en su corazón : que los pecadores no pueden encontrar un lugar de seguridad, no pueden hallar asilo sino al pie de la cruz de Jesucristo. Si, allí, al pie de la cruz, y colocándose tras ella, puede el pecador librarse de los rayos de la justicia divina, que ha provocado con su culpa.

Con efecto, mirad lo que acontece al pie de ese árbol : Dios, al paso que anuncia á aquellos grandes culpables los castigos de su justicia, les hace experimentar los efectos de su misericordia ; al mismo tiempo que les declara que han caído en la esclavitud de Satanás, en la maldición, en la muerte, les promete un reparador, Jesucristo, que les volverá á la libertad del espíritu, á la bendición y á la vida. Porque, dice delante de ellos á la serpiente : « Voy á establecer una enemistad eterna entre tí y la mujer, que tendrá una raza, una generación contraria á la tuya, y la misma te quebrantará la cabeza ; *Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius : ipsa conteret caput tuum.* » (Genes., iii, 15.)

Pero ¿qué mujer es esa, hermanos míos, esa mujer sin nombre, esa mujer por excelencia, esa mujer de quien habla Dios al parecer con tanto interés, con tanto amor? Es María, dice San Agustín, apoyándose en la tradición y creencia de la Iglesia ; es María, como es cierto que la serpiente es Satanás ; *Draconem illum diabolum significasse mulierem vero virginem Mariam, nemo vestrum ignorat.* En efecto, María es quien aplanó con sus privilegios y virtudes la cabeza de la serpiente ; María la que, en cuanto madre de Jesucristo, ha sido la cabeza de la raza de los cristianos, de los fieles, de toda la Iglesia, que debía nacer de Jesucristo. Pero, así como fue en el Calvario donde Jesucristo engendró con su sangre y sus penas esa raza santa, esa raza de fieles que debía ser la enemiga implacable de la raza maligna de la serpiente, así en el Calvario también se hizo María la cabeza, la madre de esa generación feliz cuyo padre es Jesucristo, y este es el grande y delicioso misterio que anunció Jesucristo desde lo alto de la cruz, cuando, bajando los ojos y fijándolos en su Madre y en su discípulo, que estaban allí en pie, dice á su Madre : « Mujer, hé ahí á tu hijo ; » y al discípulo : « Hé ahí á tu Madre. » *Mulier, ecce filius tuus. Deinde dicit discipulo : Ecce mater tua.* ¡Oh! y cuán profundas son estas palabras, cuán sublimes en su sencillez, hermanos míos, y como descubren el enlace que existe entre la catástrofe del paraíso terrenal y el gran misterio del Calvario !

En medio de la sinagoga judaica se levanta un árbol, el árbol de la cruz, porque en medio del paraíso terrestre se al-

zaba otro, el árbol de la ciencia del bien y del mal. El nuevo Adán (que así llama San Pablo á Jesucristo), el nuevo Adán tiende sus manos para que sean traspasadas, clavadas en la cruz, porque el primero había alargado sus manos sacrilegas al árbol prohibido. Pero, así como el primer Adán se había asociado una mujer para cometer el pecado, así también el segundo debió asociarse una mujer para expiarlo, con el fin, dice San Pedro Crisólogo, de que ambos sexos concurriesen á nuestra salvación, pues que los dos habían conspirado á nuestra ruina ; *Ut uterque sexus adesset ul salutem, quia neuter ad ruinam defuisset.* Así Eva al pie del árbol vedado nos explica María al pie de la cruz.

Estos misterios, estas relaciones son históricas, reales, manifiestas ; sin embargo, Jesucristo no esperó á que las definiéramos por nuestra razón y nuestra reflexión, sino que quiso revelarlas él mismo por estas grandes palabras : « Mujer, hé ahí tu hijo ; discípulo, hé ahí tu madre. » Porque, observad desde luego que Jesucristo no llama á María por su nombre ; no la dice madre mía ; la dice mujer, *mulier*. Un antiguo escritor, mas piadoso que ilustrado, ha dicho que Jesucristo no llama á María por su nombre ; no la llamó madre, sino mujer, mirando á su corazón maternal, y no queriendo desgarrar mas aquel tierno corazón recordándola con la palabra de madre la pérdida que iba á sufrir con la muerte de Jesucristo ; *Ne materna piúm laceraret viscera nomen.* Pero esta interpretación, hermanos míos, tiene mucho de humana ; esta interpretación no es noble, no es enteramente digna de Jesucristo, que es el Hijo de Dios, ni de María, que tiene á un Dios por hijo.

Esta interpretación transforma las palabras de Jesucristo en una manifestación de sentimientos puramente humanos, siendo así que son la declaración, la revelación de un misterio divino, del misterio que reveló Dios al principio del mundo, porque Jesucristo, al decir á María : « Mujer, hé ahí á tu hijo, » nos revela que María es la mujer profetizada, la mujer poderosa cuyas grandezas anunció, cuyos triunfos celebró Dios al principio del mundo. Jesucristo, diciendo á María : « Mujer, hé ahí á tu hijo, » la dice : María, tú eres aquella mujer noble, sublime por excelencia, que debías ser la cá-

beza, la madre del linaje santo de los escogidos, de los cristianos, de los fieles, y hé ahí ese cristiano, ese fiel, esa Iglesia de que sois madre, vedla ahí en la persona de Juan; vedla ahí, nacida ya de vuestro amor de vuestro dolor, como ha nacido ya de mí, de mis penas; *Ecce filius tuus*. Observad también, hermanos míos, que Jesucristo no llama tampoco á San Juan por su nombre. En grandes circunstancias, San Juan es llamado solamente con el nombre general de discípulo muy amado de Jesucristo, *discipulus quem diligebat Jesus*; y esta particularidad del discípulo sin nombre es tan misteriosa como la de la mujer sin nombre. La mujer sin nombre es María, la mujer par excelencia, la mujer perfecta, la mujer modelo de todas las mujeres, la mujer por la cual y en la cual las mujeres son levantadas de su desgradacion, de su servidumbre; así como el discípulo sin nombre, *discipulus quem diligebat Jesus*, es todo cristiano, todo fiel, todo miembro de la Iglesia, dice San Amedeo; de modo que en la persona de Juan están representados y declarados hijos de María todos los cristianos, y de todos ellos viene á ser madre María: *In Joanne intelligimus omnes Christi fideles quorum beata Virgo effecta est mater*.

El Padre eterno solo tiene un Hijo consustancial con él, el Verbo eterno, puesto que por este ha sido eriado todo lo que existe; *Omnia per ipsum facta sunt*. Así, el Padre eterno, en este solo Verbo, que fue la causa eficiente, inmediata de la creacion de todos los hombres, y de los hombres en particular, se ha hecho el padre de todos los hombres por la creacion. Del mismo modo María solo tiene un Hijo consustancial con ella, Jesucristo; mas puesto que por este Jesucristo, por su sangre, sus dolores, ha nacido la Iglesia, María, como madre del mismo Jesucristo, es también madre de toda la Iglesia; *In Joanne intelligimus omnes Christi fideles quorum beata Virgo effecta est mater*. Pero, no solo es María la madre y cabeza de la Iglesia y de todos los cristianos por su maternidad divina, lo es también por su divina caridad. San Agustin ha dicho: « María es madre de Jesucristo, nuestra cabeza segun la carne; mas segun el espíritu, es madre de este cuerpo divino del mismo Jesucristo, pues por su caridad, por su amor, ha hecho nacer á los hijos de Dios en la Iglesia; *María*

carne mater capitis nostri, spiritu mater membrorum ejus, quia cooperata est charitate, ut filii Dei nascerentur in Ecclesia. »

Con efecto, mirad lo que acontece sobre el Calvario. Recordad primeramente á la desgraciada Agar, la cual, viendo á su hijo próximo á la muerte, le acomoda al pie de un árbol, se aparta de él y le abandona, diciendo: « ¡Ah! yo no tengo valor para ver morir á aquel á quien he dado la vida; *Non video morientem puerum*. » (*Genes.*, xxi, 16.) En hora buena, la madre de un hombre podía conducirse de esa manera; pero no así la madre de Dios, María, al oír que su divino Hijo acababa de ser condenado á la cruz, « ¡Ah! dice, acabado ha para mí el tiempo del retiro; podía yo permanecer en él cuando mi hijo iba acompañado por el pueblo, por la multitud de los pueblos de la Judea, en medio de los hosanas y triunfos. Ahora va á ser crucificado, puesto que la justicia de Dios y la salvacion del mundo lo reclaman: sí, ese hijo morirá, pero no morirá sino á mi vista, no morirá sino en mi presencia; sí yo asistiré á su muerte; *Videbo morientem puerum*. »

Con efecto, vedle subiendo al Calvario, llevado en alas de la caridad. Se tiende al Salvador del mundo sobre la cruz, despues de haberle desnudado, despues de haber arrojado sus ensangrentadas vestiduras á los pies de su Madre. Se clava con cruces clavos al Salvador del mundo en la cruz de su suplicio; y estos clavos, dice San Agustin, atravesando las manos y los pies de Jesucristo, desgarran el corazón de la Madre. Cuanto Jesucristo padece en su corazón, el amor materno, dice San Bernardo, mas cruel que sus verdugos, lo repite en el alma de María. « En el Calvario, dice San Ambrosio, todo es digno de la gran víctima que se inmola y de la gran razon por que es sacrificada. Solo un hombre que es Dios al mismo tiempo puede morir como muere Jesucristo. Solo una mujer que tiene á un Dios por hijo puede asistir á esa muerte como asiste María. En el continente firme, intrépido, reposado, majestuoso de la madre, vais á ver una nueva prueba de la divinidad del Hijo; *Stabat non degeneri spectaculo mater*. Así, la actitud del cuerpo de María, actitud sublime, conforme á la alteza de su condicion y su clase, solo es superada por la

actitud y elevacion de su alma. La mas delicada de las vírgenes, la mas desconsolada de las madres, se muestra la mas heróica y esforzada de las mujeres; *Stabat corpore excelsa, animo excelsior.*

« No niego, continua San Ambrosio, no niego, que María llorase; solo niego que María se estuviese de pie junto á la cruz, absorta como en un éxtasis de dolores mezclado con una resignacion sublime. Léjos de temer, prosigue el Santo; léjos de temer, hermanos míos, la furia de los verdugos, la provoca y se entrega á ella, dichosa si pudiera morir con Jesucristo, ya que no puede morir por él; *Pendebat in cruce Filius; mater persecutoribus sese offerebat.* Un solo instante aparta en vista de aquella escena tan dolorosa para el corazón de una madre, del espectáculo de su divino Hijo despedazado en todo su cuerpo, manando sangre por todas sus heridas; mas revuelve presto sus ojos á aquellas llagas con ternura y una especie de complacencia, considerando que de aquellas llagas, de aquella sangre va á brotar la gracia de que saldrá la redencion del mundo; *Spectabat pius oculis Filii vulnera ex quibus sciebat redemptionem hominibus futuram.* Y tan grande fue la violencia, tan encendido el fervor de la caridad de María, dice otro santo, que sufrió con el dolor gozoso la muerte de su Hijo, sabiendo que era la condicion necesaria, inevitable de la redencion de toda la humanidad; *Tanta fuit Mariæ charitas ut gaudenter sustinuerit mortem Filii propter salutem generis humani!* »

Mirad la consecuencia de esta doctrina. Recordad que el apóstol San Juan ha dicho: « Ved qué muestra de amor nos ha dado el eterno Padre, que no solo podemos ser llamados, sino que seamos en hecho de verdad hijos de Dios; *Videte qualem charitatem dedit nobis Pater, ut filii Dei nominemur et simus.* » (Joann. III. 2.) Jesucristo nos ha revelado sus motivos, diciendo: « De tal manera amó Dios al mundo, que dió á su propio Hijo, para que el mundo fuese salvado por él; *Sic enim Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret, ut salvetur mundus per ipsum.* » (Joann., III, 16, 17.)

Ahora bien; María, dice San Buenaventura, quiso, debió hacerse en todo y por todo semejante al Padre y al Hijo. De-

bió unir su corazón al corazón de ellos, debió adoptar todos los sentimientos del Padre al entregar á su Hijo, los del Hijo al darse él mismo por la salud del mundo. De este modo debía ser María la digna hija del eterno Padre, la digna madre del eterno Hijo.

Así, María ofreció tambien sobre el Calvario á su Hijo por la salvacion del mundo. Desde que le entregó la vez primera en manos del anciano Simeon, que representaba á la humanidad envejecida en la miseria y el vicio, desde que entregó á su hijo en los brazos misteriosos de aquel venerable anciano no volvió á tomarlo sino para reservarle al Calvario, á la muerte, á la muerte de cruz, para salvacion del mundo. Así pues como el Padre eterno, por haber entregado á su propio Hijo, su Hijo único, por la salud del mundo, se hizo por este grande acto de caridad, segun las palabras del mismo Jesucristo, el padre de todos los hombres segun la gracia, *filii Dei nominemur et simus*; así, habiendo participado María del mismo afecto de caridad generosa, ofreciendo por la salud del mundo su único Hijo, hizose tambien con el mismo título, por las mismas razones, con la misma justicia, madre de la santa raza de todos los fieles; de manera que nosotros, que nos llamamos y somos verdaderamente hijos de Dios, somos igualmente y podemos llamarnos con la misma verdad hijos de María; *Ut filii Mariæ nominemur et simus.*

¿Qué hace pues María al pie de la cruz? ¿Sabeis lo que hace? dice San Amadeo. Concibe, engendra en su corazón los hijos de la Iglesia por el fervor de su caridad, por la inmensidad de su dolor, *erat magno dolore parturiens*; y por eso no la dice Jesucristo: « María, Juan será vuestro hijo, » sino « Hé ahí á vuestro hijo; » que por el amor generoso de María, por la generosidad de su ofrenda, el fervor de su caridad, la dureza de su martirio, ese hijo habia ya nacido, estaba allí al pie de la cruz, en la persona de Juan. Y Jesucristo no hace sino anunciar al mundo, desde lo alto de la cruz un misterio ya consumado, consumado en las profundidades del amor mas puro en sus principios, el mas noble en sus motivos, el mas constante en sus pruebas, el mas heróico en sus sacrificios. Así es como María, por su maternidad divina, por su divina caridad, ha venido á ser madre de todos los hijos de

la Iglesia, de la raza santa; de este modo fue sobre el Calvario la mujer profetizada desde el origen del mundo en el paraíso terrenal: *Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius....*

Mulier, ecce filius tuus. Hay además en el testamento divino otro título que debe añadirse á los dos títulos de la maternidad divina y de la caridad. Esto es lo que vamos á ver en nuestra última parte.

SEGUNDA PARTE.

Recordad igualmente que, segun San Pablo, Jesucristo hizo su testamento al morir. Así, « ¿Quereis saber, nos dice San Ambrosio, lo que hace Jesucristo en la cruz, y cuáles son sus pensamientos? ¡Oh exceso de ternura y de amor! Harto de oprobios, abrevado de hiel, colmado de angustias, abrumado de dolor por los hombres, declara en provecho de ellos sus últimas voluntades. Próximo á morir, dispone de cuanto su Padre habia puesto en su poder, reparte su herencia entre sus hijos, no olvidando ni aun á los mas rebeldes é ingratos. Dicta, redacta con todas las formalidades de costumbre, su testamento público y privado; *Condebat Dominus non solum publicum, sed etiam domesticum testamentum.* Con efecto, nada falta á las condiciones de un verdadero testamento. De una parte está el testador moribundo, que dicta y pronuncia sus últimas voluntades; de la otra, en la persona de sus delegados y procuradores respectivos, se hallan presentes y en disposicion de aceptar, todos aquellos en cuyo favor van á pronunciarse estas voluntades. Las Marías representan á los justos, los ladrones á los pecadores, la Virgen-Madre representa la inocencia, Magdalena la penitencia, los habitantes de Jerusalem al pueblo judío, los soldados romanos al gentil; de manera que todos los pueblos, sexos y condiciones, todos los diferentes estados del alma están representados sobre el Calvario.

« Y San Juan, prosigue San Ambrosio, ejerce las funciones de notario público, de gran canceller de la Iglesia, que recibe

las palabras de Jesucristo, y de testigo, que las declara; testigo en verdad bien digno de semejante testador; *Testamentum Domini signabat Joannes, dignus tanto testatore testis.* »

Y en efecto, despues de haber redactado en su Evangelio este precioso testamento de nuestro bueno y amoroso Padre, de nuestro divino Salvador Jesús, despues de habernos atestiguado la muerte de este divino testador, San Juan lo ha convertido en un acto auténtico y público, ha puesto en él su firma, y declarado con una especie de juramento que no ha escrito sino lo que ha visto con sus propios ojos, y que su testamento es sincero y fiel; *Et qui vidit testimonium perhibuit: verum est testimonium ejus. Et ille scit quia vera dicit: ut et vos credatis.* (Joann., XIX, 35.)

Ahora bien: uno de los artículos de este divino testamento es la disposicion que ha hecho Jesucristo de su propia Madre, destinándola por madre á todos sus discípulos, y de todos estos, destinándolos por hijos á su propia Madre. *Ecce filius tuus: ecce mater tua.* Así, cuando Maria no nos hubiera engendrado por su amor y sus dolores, seria no obstante nuestra verdadera madre y nosotros sus verdaderos hijos en virtud de la disposicion testamentaria de Jesucristo.

Porque notad bien que este testador no es solamente un hombre. Un testador que es puro hombre puede, sí, al morir, recomendar un amigo á su madre para que le mire como su hijo, y su madre á un amigo para que la considere como á su propia madre. Pero ese testador hombre no puede, expresando sus deseos, manifestando sus voluntades, no puede crear, producir en el corazon de su madre sentimientos maternales pará con el amigo, ni en el corazon del amigo afectos filiales hácia su madre. Y semejantes deseos y voluntades de los testadores puramente humanos se olvidan ¡ay! con harta frecuencia, quedando por lo comun en deseos ineficaces y estériles voluntades.

Peró el testamento de Jesucristo es el testamento de un hombre que es juntamente Dios, y cuya voluntad poderosa produce todo lo que quiere, cuya palabra taumatúrga realiza todo lo que expresa, cuyos deseos son creaciones.

Así, cuando pronuncia, no con el tono de un hombre que suplica, sino con la autoridad de un Dios que manda: « Mu-

jer, ¡hé ahí á tu hijo! Discipulo, ¡hé ahí á tu madre! » Jesucristo no solo declara, si que hace tambien á María nuestra madre; no la da solamente el título de madre nuestra, si que la da tambien el corazon y afectos de tal. Y mirad, hermanos míos, qué autoridad, qué grandeza hay en estas palabras: « ¡Mujer, hé ahí á tu hijo! » Olvida por un instante que María es su madre, que él es su hijo; no recuerda ya sus relaciones puramente humanas con María; solo recuerda que es Dios, y como tal dice: « ¡Mujer, hé ahí á tu hijo! » Es un Dios legislador que hace la ley, y esa gran palabra será respetada. Por consiguiente, en el mismo instante óbrase una gran creacion en el corazon de la madre y del discipulo; da á María un corazon de madre para con la Iglesia, y á la Iglesia un corazon de hija para con María: corazon y sentimientos conformes á la alta dignidad á que acaban de ser elevados.

Así como por la palabra omnipotente que pronunció el Criador al principio del mundo: « Creced y multiplicaos » (*Genes.*, ix, 1); palabra que ha tenido siempre un eco poderoso en la naturaleza, nacemos á la vida natural, así por esta palabra poderosa salida de la boca de un Dios redentor: « Mujer, hé ahí á tu hijo; discipulo, hé ahí á tu madre; » palabra que se repite siempre en la Iglesia por un eco omnipotente, renacemos todos á la vida de la gracia, á la filiacion de María, á los sentimientos tiernos y afectuosos para con ella; por la misma gracia porque somos católicos, recibimos el afecto de tierna confianza en la proteccion y amor de María.

Ley es esta que Jesucristo estableció en el Calvario, y que ha impreso, grabado, en el corazon de todos los verdaderos fieles, de todos los católicos. Así como no hay verdadero catolicismo sin el culto sincero de María, así no hay culto sincero de María fuera del catolicismo. No os dejéis pues seducir por los chistes, los sofismas, las blasfemias de la incredulidad, del protestantismo y jansenismo, que, so color de celo por la gloria de Dios y de Jesucristo, ridiculizan el afecto, la ternura de los fieles para con María, la confianza que tienen en su maternal proteccion. Cuando sus blasfemias no son efecto de la malignidad, de la impiedad, de la hipocresia, tened por cierto que nacen de su profunda ignorancia del espíritu del Evangelio. Dejemos pues, hermanos míos, dejemos á esos des-

graciados con su religion de la fe; dejémosles con su religion del Sinaí, y nosotros con la religion del Calvario; dejémosles con la religion del respeto, y permanezcamos nosotros con la religion del amor; dejémosles con la religion de la razon, y quedemos nosotros con la religion del corazon; dejémosles con su religion, tan fria como la razon, tan indiferente como el exámen, tan triste como la duda, tan dura como el error, tan desconsoladora como el remordimiento y la desesperacion, y apliquémonos nosotros á practicar con perseverancia nuestras devociones, nuestro culto para con María.

Pero no nos equivoquemos, hermanos míos: así como no hay discipulo verdadero de Jesucristo que no sea verdadero hijo de María, así no hay verdaderos hijos de María sino los que son fieles á Jesucristo y á quienes Jesucristo ama; *Discipulus quem diligebat Jesus*. No separemos pues la práctica de nuestras devociones con María, de la severa y activa práctica del Evangelio. Gocémonos en cantar las alabanzas de María; pero ante todo sigamos sus inspiraciones. Celebremos sus grandezas; pero imitemos primero sus ejemplos. Ofrezcamos á María nuestras oraciones; pero tratemos antes de practicar sus virtudes. Amemos á María como á madre nuestra; pero ante todas cosas amemos y respetemos á Jesucristo como maestro. Seamos hijos afectuosos para con María; mas seamos primeramente discipulos fieles de Jesucristo, dignos del amor de Jesus; *Discipulus quem diligebat Jesus*. Que solo sus discipulos son los verdaderos hijos de María.

Es preciso seamos como San Juan por la pureza de costumbres, por el celo y el valor con que tomó parte en los dolores, en los oprobios de Jesucristo, siendo el único de los apóstoles que le siguió al Calvario, asistió á su muerte y recogió sus últimas voluntades. Abrasado en celo por la casa de Dios, el santo Apóstol pasó su vida fundando casi todas las iglesias del Asia, no solo iglesias morales, espirituales, asambleas de fieles, sino edificios tambien para el culto. Imitemos, junto con las demás virtudes de San Juan, este celo por la gloria de Dios, y así serémos los verdaderos discipulos de Jesucristo, é irémos al cielo; y Jesús, al presentarnos á su divina Madre, la dirá: « Mujer, hé ahí á vuestros hijos; » y á nosotros: « Discipulos, hé ahí á vuestra madre. » Y serémos muy dichosos en tan buena compañía. Así sea.